Domingo XXXII del Tiempo Ordinario (08-11-26)
Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

A tres días de la llegada del Santo Padre, nos hemos reunido también en esta oportunidad para orar, encomendarle todo el significado que puede tener esta visita para nosotros. Y las lecturas nos vienen “a pelo” porque se habla de que el Señor vendrá y que hay que esperarlo y prepararse. Y eso es lo que hemos estado haciendo todo ese tiempo. Y tenemos especialmente a todos los que han trabajado duramente, dirigidos por el embajador José Emilio Bustinza, que ha permitido que todos ordenadamente puedan unirse, organizarse en las diversas tareas que tenemos que hacer y complementarse en la diferencia de tantas tareas.

Y también vienen a visitarnos los hermanos del grupo AMBAR, que significa “prudencia”, significa “preparación”, significa “cuidado”. Puede pasar alguien y “me chanca” si es que no lo respeto. O puedo “chancar” a alguien si no lo respeto. Sumamente importante el semaforo en ambar.

En el fondo, hoy día también, con todos los hermanos que nos visitan, tenemos en común esta gran tarea de prepararnos. Y prepararnos significa algo así como pensar bien las cosas. También la vida necesita ser pensada y vivida con reflexión. Y es a lo que menos nos invita el mundo actual, porque nos invita todo el tiempo a apurar. Y apurándonos cometemos gravísimos errores en la vida, en las relaciones, en la organización de las cosas.

El apuro, por ejemplo, en los que quieren ahora ver al papa y no se inscribieron y, a último momento: «*Te llamo por teléfono para que me consigas entradas, en primera fila, por*

favor». Se van a la última fila… y que busquen su lugar porque hay los medios gratuitos para hacerlo; pero por apuro siempre vamos a buscar influencias, por no pensar las cosas y organizarlas bien.

Y no es cuestión simplemente de ser grandes estrategas, sino de tener la sabiduría suficiente como para poder comprender la seriedad de lo que estamos viviendo, tanto las cosas de la vida diaria que tenemos hoy, como también estos acontecimientos tan grandes, tan interesantes, que también requieren su preparación. Pero no se podría hacer eso si no entrara en nosotros esa mentalidad que el Señor, en estas lecturas, invita a realizar.

De hecho, el evangelio de hoy (Mateo 25, 1-13) habla de unas jóvenes que unas son prudentes y otras son necias. Bueno, nadie nace necio ni prudente. Uno se va haciendo poco a poco prudente y abandonando la necedad, porque siempre hay esa idea del apuro, de hacer las cosas sin pensar.

¿Por qué la Iglesia insiste en ese punto tan importante y Jesús lo dice especialmente para los jóvenes? Porque el origen del pecado y de los males está justamente en la imprudencia, en el apuro. Acuérdense que el árbol de la ciencia del bien y del mal es el que “se comieron” los primeros padres, y se comieron porque se apresuraron, porque la tentación a la que cedieron se basaba en la lógica que este árbol “sirve para tener sabiduría”. Entonces, la “comemos” y ya tenemos la sabiduría y vamos mágicamente a hacer las cosas en base a eso, como si la sabiduría fuera un problema de digestión. La sabiduría no es una cuestión de digestión, es una cuestión de “saborear” antes de la digestión.

Si nos comemos la sabiduría, entonces no saboreamos lo bellas e interesantes que son las cosas. Y, entonces, nos aventamos y tenemos experiencias que no sabemos a dónde van y ni de dónde vienen. Y destruimos nuestra vida.

Eso solamente ocurre en épocas, ocurre en general como cosa del ser humano, pero, especialmente, en épocas en donde hay gente que está apurada por ganar dinero y por usar a las poblaciones del mundo a sus intereses. Entonces, están apuradísimos porque como tontos caigamos y compremos y nos abalancemos sobre lo que primero está de moda. Y eso destruye nuestra capacidad de reflexionar y nos introduce a una cosa para la que también se necesita pensar, pero ya no es la sabiduría: es el cálculo.

Todos estamos contagiados en la hora actual porque somos muy racionales en el sentido de que calculamos hasta el último detalle si nos interesa algo, especialmente quienes se interesan en enriquecerse a costa de la mayoría de la población del mundo. Esos grandes financistas que están haciendo inversiones, por ejemplo, en inteligencia artificial, que lo único que hace es dañar la naturaleza porque implica una enormidad de centros de cultivo de las zonas en donde están los datos. Y se necesita enorme cantidad de agua y enorme cantidad de territorios. Por eso, alguno por ahí ha ido a Argentina, porque hay un montón de pampa.

¿Y todo para qué? Simplemente para tener razonamientos inmediatos y clarísimos en segundos, hechos geométricamente, por cálculo. Quizás, nosotros estamos muy contentos porque nos facilita las cosas, pero la inteligencia artificial no tiene experiencia, los seres humanos sí tenemos experiencia. Y nuestro pensamiento por eso se demora, porque, cuando se tiene experiencia, hay que discernir.

Por eso los primeros padres (Adan y Eva) se aventaron y comieron del árbol por creer que la sabiduría es mágica. La sabiduría no es mágica, requiere saborear, palpar, sentir y empezar a investigar cuál es el punto más importante que tengo que resolver. Tengo que empezar a "cranear" y consultar con otro. Cuando nos abalanzamos sobre ciertas cosas e inmediatamente decidimos, perdemos la capacidad de ser seres humanos. Entonces, con sabiduría, no calculamos, sino ponderamos; piensamos en qué cosa es lo más interesante y profundo y luego actuamos. Por ejemplo, si es que una persona es sabia, normalmente aprende a amar, porque no se entrega a la primera, sino que va viendo bien quién es la persona adecuada.

La necedad es, simple y llanamente, estar de tumbo en tumbo haciendo experiencias que vuelven caótica la vida que, finalmente, destruyen a la persona, y a eso le llamamos el pecado. Por eso, estamos prevenidos por Dios mismo y por Jesús a ser personas que ponderen. ¿Qué diferencia hay entre ponderar y calcular? Que ponderar es recoger lo que uno siente, que tiene una validez muy grande, y empezar a discernir cuánto de ese sentimiento es interés y cuánto es una cosa adecuada y justa; es el valor de las cosas. Y Dios nos ha hecho para que valoremos y actuemos según el valor y el principio del bien para discernirlo del mal.

Por eso es que no hay sabiduría sin "sabor", saborear hondamente: ¿qué me está diciendo esta situación? ¿Qué me está pasando y qué sería lo más adecuado? Decirle a un amigo, a una amiga: «Ayúdame a pensar que no entiendo bien qué me está pasando». Y se toma una decisión siempre después de haber ponderado y haber elegido uno de los valores que están presente ahí, diferenciado de las cosas que puedan ser peligrosas.

Hoy día, hermanos y hermanas, estamos urgidos y, por eso, una de las cosas más lindas que tiene la Iglesia es estos

momentos en que meditamos y reflexionamos. Y, por eso, sobre todo los jóvenes, cuando hacen su primer retiro, les fascina tres días de silencio, conversando hondamente y ante Dios, reflexionando y pidiéndole a Dios que los ilumine. La luz es algo que se intuye profundamente, no es algo que se aclara matemáticamente. La matemática es muy importante y sí es muy útil, pero solamente sirve para obtener réditos. Tengamos y busquemos réditos adecuados, pero con sabiduría, para que los réditos que tengamos no sean producto de la estafa y del mal, sino que sean, como decimos nosotros, honradamente ganados.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, el Señor no nos dice que está mal dormir, todos dormimos, lo necesitamos. Pero quienes *se han preparado para la venida del novio*, se levantan, y saben bien que *les va a durar la lámpara hasta que termine el matrimonio*. En cambio, las otras jovenes, pues, se asustaron porque no se habían preparado. Prepararse es siempre pensar, reflexionar, entender un punto. Y, cuando uno no entiende, evidentemente, buscar ayuda para poder entender. A veces, no sabemos, no conocemos porque tenemos muchas cosas en nuestros sentimientos. Dios nos hizo sentimentales y eso es muy importante, pero ese sentir requiere discernir, requiere un tipo de reflexión adecuado al sentimiento que permite elaborar cosas interesantes.

Hay unos que tienen un último defecto: aclaran todo de antemano y ponen todo en conceptos. Y, luego, cuando hay un problema: «Ah, ya, esta es la fórmula». Eso es igualito que la matemática, ese no es razonamiento profundo ni sabio. Eso es razonamiento mecánico para aplicar a Dios como si fueran unas verdades igual que un carro debe caminar con gasolina y el otro con gas. El Señor no nos ha hecho así a los seres humanos; nos ha creado para amar y para ser amados. Y aprender a amar y ser amados implica

discernimiento, tranquilidad, paz, meditación profunda, oración, conversacion.

Eso es lo que viene también el Papa a decirnos a nosotros, a los “apurados” de los peruanos: vamos a calmarnos un poco para que toda la riqueza de lo que son pueda salir a flote con tranquilidad y esperanza. Y esperamos que su palabra nos ayude mucho a meditar para poder ser verdaderos discípulos del Señor y país católico como el que somos, pero católico de verdad, como aquel que obedece a su Señor y sigue su camino con respeto, con alegría, con esperanza y, sobre todo, con sabiduría.

Hermanos y hermanas, que Dios nos bendiga en esta semana y que el Santo Padre llene nuestros corazones con su palabra, que lo hace en nombre de Dios.